EL CUARTEL DE MEDINA DE RIOSECO.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

SEGUNDA PARTE.

I.

TEMBLOR DE TIERRA.—REGRESO Á PANAMÁ.

Setiembre, 1842.

He tenido ya ocasion de encarecer la suma belleza de las regiones ecuatoriales; pero existe un azote temible, que tiene durante ciertas temporadas en continua zozobra á sus habitantes... No, no aludo al *vómito negro* ni á las tremendas tempestades, ni á los asoladores huracanes, ni á las inundaciones en cierta época del año de tanto gigante rio... á ninguno de estos accidentes me refiero, sino á los frecuentes *temblores*... y no pocos *terremotos*...

Cuando el conocido sábio geógrafo Mr. Humboldtt visitó la cordillera de los Andes, observó que estaban socavados estos montes, y vaticinó para lo venidero que se aumentaria el número de sus volcanes (que ascienden hoy dia á noventa y siete de aire y fuego), y que se operarian terribles cataclismos en sus titánicas cumbres.

Sus entrañas encierran portentosas riquezas en minerales, y muchas materias bituminosas é inflamables, las cuales, chocando entre sí, se incendian, y estas llamas subterráneamente comprimidas, buscan desahogaderos por mil partes á la vez á aquel formidable tártaro.

El rayo impone, las tempestades en el mar amedrentan, las fieras, acometiendo al hombre en las selvas, asustan, es muy cierto; pero estas son cosas naturales si se quiere, y el hombre con su denuedo y su industria logra, luchando contra estos peligros, vencerlos y sobreponerse á ellos.

Mas ay!... guárdate de los *terremotos!*... traspasan el circulo de lo natural; son fenómenos que no se esplican, pero cuya consideracion pasma y anonada; es la manifestacion de la ira de Dios golpeando airado con su divina planta sobre este mundo sublunar que sirve de escabel á su celeste sólio!...

¿Quién ha esplicado con puntual exactitud las verdaderas causas de los terremotos? ¡La ciencia! ¡Nombre vano: ciencia de conjeturas aun mas que la de las estrellas!... Para contrarestar los estragos de los *terremotos* son igualmente impotentes la impavidez, la destreza, la industria, el valor ó la fuga: el desquiciamiento que producen es tan ajeno á todo lo natural, y tan aterrador á la vez, que hace sucumbir los espiritus y flaquear los ánimos mas denodados.

Un tímido pajarillo, aprisionado en liviana jaula, suspendida con largo y frágil hilo en el centro de una elevada y ànchurosa bóveda, y que á deshora se llegase una mano desapiadada columpiándola bárbaramente en todas direcciones hasta hacerla trizas contra las paredes, concluyendo por romperse el hilo y pulverizarse la jaula en su caida... si no moria el pobre pajarillo, ¿cuál no seria de aflictiva su posicion?... Pues parecida es la del hombre en un terremoto, y aun mayor, su tribulacion.

Yo tuve que esperimentar las sensaciones que tan desaliñadamente bosquejo, por vez primera en Guayaquil... estaba en vísperas de abandonar sus playas; dormia, serian como las dos de la madrugada, cuando desperté azorado al clamoreo de las campanas y á los gritos de todo un pueblo, que hacia resonar en las casas, en la tierra, en el mar, y por los aires, el fatídico grito de temblooor !!!... Las vigas de mi aposento crugian; los muebles y las paredes parecian estar borrachos; un vértigo se apoderó de mi espíritu (todo esto pasa en infinitamente menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, cuanto mas escribirlo); yo traté de enseñorearme, y lo mas pronto que pude me envolví en mi bata, abrí presuroso la ventana, y me abalancé á una galería que teniamos.

Napoleon, si no me engaño, dijo que el hombre mas valiente es aquel que mejor sabe disimular el miedo,—me precio pues de haberlo disimulado (no mas) en aquella ocasion, porque pretender que no lo hubiese esperimentado fuera mentir, y no hay para qué. Un hombre podrá no temer á otro hombre, pero no podrá prescindir de temblar ante el poder de Dios.—«El principio de la sabiduría es el temor de Dios:»—luego recomienda á todas luces el mortal que lo posea.

Tenia miedo, en fin; pero no pude menos que de reirme en medio de aquella tribulacion, al distinguir en la calle dos hombres de pié en me-

dio de una porcion de mujeres indias en traje de cama.... pidiendo misericordia y golpeándose los pechos: á todo esto el temblor, que solo durara pocos segundos, ya habia pasado hacia rato; pero no á ellas el susto, ni tampoco á aquellos dos hombres, que hacian la figura mas grotesca y el mas raro contraste del mundo.

El uno era Mr. B...., un caballero francés, mi compañero de posada; el otro era el fondista: este pequeño y espantosamente grueso, el otro muy alto y muy delgado; ambos en traje de dormir; el fondista, que usaba peluca, no habia tenido tiempo de ponérsela, y Mr B... llevaba un pañuelo á guisa de turbante, que se ponia para sujetar los rizos de su melena, que envolvia por las noches con papeles: Mr B... me preguntó qué hacia en mi balcon y por qué no bajaba.

—Amigo mio (le contesté) ya no hay *temblor*, y no veo la razon de no volverme á la cama.

—Alabo la frescura! A la cama!... á la playa!!

—Sí, sí, á la playa!... repitió el fondista, y ambos se preparaban á echar á andar con ese atavío.

Yo les detuve, observándoles que pensarian que se habian escapado de alguna casa de locos, y que entrasen á vestirse; el fondista se convenció, pero Mr. B... declaró que él no traspasaría el umbral de la puerta para dentro, porque resentida la casa (que no era de las mas nuevas) por aquel *temblor*, podria venir abajo si repetia (como repitió seis veces en aquella madrugada); y que así él preferia estar desnudo y vivo, que no muerto y vestido.—Me instó, y me hizo caer en la tentacion de acompañarlo; vestime por completo, y le bajé su ropa á la calle; nos fuimos al malecon á orillas de la ría, y cuál fué mi sorpresa al ver un paseo concurridísimo de damas y caballeros (mas que de trapillo ciertamente: brillaba la luna; ni una ráfaga de aire se sentia, de modo que la atmósfera era sofocante.—No fué un terremoto consumado; pero seis temblores mas se esperimentaron, que se anunciaban de antemano por un ruido sordo como de pesados carruajes que se oyen en lontananza, y otras señales precursoras. Hasta de dia muy claro no fueron retirándose los paseantes con sus desordenadas vestimentas; nosotros regresamos á nuestra fonda.

El dia último de setiembre se botó al agua la nueva goletilla bautizada con el nombre de *Adela*, y á principios de octubre me embarqué en él de regreso á Panamá...

Desde la cubierta de aquel velero barco tributé mi postrimer adios, húmedos los párpados, á aquel suelo donde dejaba á mi madre y demás familia; abandonaba la gentil América para tornar á ver la caduca y civilizada Europa..... Adios, Guayaquil, adios!... con tus poéticos habitantes, tus hamacas y tus cabalgatas nocturnas de apuestos jóvenes, que con sombreros de jipijapa y finísimos ponchos de lana blanca, llevando algunos en el pecho la cruz roja de alguna órden caballeresca ó militante, vistos á distancia y á la luna, semejaban escuadrones de templarios.

Adios, ecuatorianos!... mi estancia entre vosotros ha sido corta; pero las gratas reminiscencias que de vuestro suelo hospitalario conservará mi corazon, serán duraderas! Amparad á los mios, que permanecen entre vosotros, á quienes tan bien habeis acogido; es la última recomendacion que os hace mi filial amor!

II.

PANAMÁ.—TEMPESTAD.—COSTUMBRE.—CHAGRES.

Octubre, 1842.

A los ocho dias de navegacion anclamos en la bahía de Panamá, donde entramos á mediodía sin velámen, rotos los cables, desmantelado el flamante buque, que á palo seco habia andado doce nudos por hora de la corredera (cuatro leguas), impulsado por un viento desencadenado y un temporal deshecho; rudo estreno fué aquel para la linda goletilla, la cual supo, á pesar de todo, como ligera alcion, salvarse del furor de las embravecidas olas.

En fin, está fondeada *Adela*. Nosotros los pasajeros saltamos en tierra luego que se aplacó el temporal, y nos hospedamos.

Al anochecer descargó otro nublado, y mas tarde una tempestad tan horrosa estalló, que semejaba la destruccion de Nínive. Los rayos caian, cometiendo estragos, y los truenos hacian temblar á la ciudad hasta en sus cimientos. Yo me habia acostado ya, porque estaba cansado y me habia de preparar para emprender á las cuatro de la mañana la molesta jornada del Istmo de Darien hasta Cruzes; pero me hube de levantar, porque además de la tempestad oí de repente unos llantos tan estrepitosos, producidos por unas mujeres en la casa de enfrente, que me alarmaron sériamente; me informé de aquella algarabía por un criado negro, quien me dijo con mucha flema:

—No es nada, mi amo; es que se ha muerto un rico en esa casa, y lloran unas negras alquiladas. En efecto, siguiendo la usanza del país, habian alquilado para *plañideras* (que es el nombre que dan á esas lloronas), á diez ó doce indias y negras para mesarse los cortos y crespos cabellos, y aullar con sonido lastimero sobre el cadáver, alborotando todo el barrio, porque no era fácil que llorasen, en vista de que nada sentian hácia aquel muerto, á quien en vida ni habian aborrecido ni amado.

De vez en cuando las plañideras se veian obligadas á reponer sus fuerzas con un traguito de caña, tomaban alientos, y continuaban su batahola cual furias del averno.

Finalmente, á media noche el cielo aplacó sus iras, brillaron las estrellas, y se tranquilizó el barrio (porque tambien duermen las plañideras). Gracias á esto, yo pude tambien descansar en mi lecho de peregrino hasta las cinco, que me levanté y monté sobre la arrogante mula que debia de llevarme en aquel dia á Cruzes: tendí mi vista á la casa mortuoria: sus ventanas permanecian todas cerradas con las celosías tambien, las cuales, insiguiendo otra costumbre del país, no habian de volverse á abrir por lo menos en cuatro meses; y no habia de presentarse á ellas, ni menos en la calle, la familia enlutada.

La jornada del Istmo la describí en la primera parte: por no repetir lo mismo diré que llegamos tarde y cansados á Cruzes, puerto de embarque para el rio Chagres. Cené lo que llevaba á prevencion, y ocupé una hamaca de estera fina, colgada de una viga en una cabaña; allí dormí un sueño reparador sin desnudarme, hallándome perfectamente dispuesto á la mañana siguiente, que entré en una canoa, donde, como íbamos á favor de la velocísima corriente, en un solo dia llegamos á Chagres; fuimos volando materialmente.

Por único buque fondeado en Chagres se veia un bergantin mercante norte-americano, que habia ido á cargar pieles; no habia podido zarpar á causa de haberse muerto seis hombres de los doce que componian la tripulacion; solo el capitan y el contra-maestre habian permanecido sanos; los restantes estaban enfermos y no podian darse á la vela hasta convalecer algun tanto y cobrar suficientes fuerzas para poder maniobrar á bordo.

Mi detencion pues en aquel punto fué de cuatro dias, que pasé en compañía de aquel aleman que ya conocen mis lectores; era hombre que lo entendia, y de gran prestigio entre aquellos naturales, semi-salvajes si se quiere, por una parte, pero al mismo tiempo de índole buena y de costumbres dulces y religiosas.

Una tarde, la tercera de mi arribo, bebiamos una botella de cerveza el bueno del aleman y yo, cuando entró un negro de pocos años, todo azorado y pálido (como un negro puede ponerse), y enseñando la mano izquierda, que tenia algo hinchada, se acercó á nosotros llorando.

—¿Qué te pasa? le preguntamos.

—Que me acaba de morder una culebra.

Otras personas estaban presentes y opinaron que la picadura era mortal.

—Nada de eso, dijo el aleman sacando de un baul una cajita; pero no debemos perder un momento. Abrió la caja, y tomando de ella una cinta le hizo al negrito dos ligaduras fuertes, la una cerca de la primera articulacion del dedo herido, la otra en el puño; después pidió un vaso de vino, y sacando de la misma cajita veinticuatro granos de sal volátil de víboras, los mezcló con el vino y se lo hizo tomar al negrito, con el objeto de provocar fuertemente la traspiracion; pero al cabo de quince minutos, no habiendo conseguido su intento por completo, le administró un caldo bien caliente compuesto con yemas de huevo y nuez moscada, con el que sudó copiosamente y quedó del todo bueno.

Aquellas buenas gentes no se sorprendieron, porque hacia tiempo que tenian al aleman por un Merlin; pero yo le manifesté que me merecia la opinion de un Esculapio.

—No señor, me dijo, he leido un poco, y despues, que tengo mucha esperiencia de estos paises. Una vez cazando pisé inadvertidamente una culebra, y me picó en un pié; á los pocos momentos se me hinchó: ¿qué hacer en tal conflicto? No tenia mas que mi frasco de pólvora, y piedra y eslabon: apliquéme en la herida una poca de pólvora, le prendí fuego, y me cauterícé la herida, cortando la accion del veneno en la masa de la sangre.

—Es bueno saberlo.

—Considere V., continuó el aleman, que en este país de tigres, caimanes, jejenes, niguas, culebras, víboras y alacranes, está uno en continua esposicion, y es preciso estar preparados. Para las mordeduras y picaduras ponzoñosas hay los dos remedios que le indiqué á V.; el otro para mordeduras de fieras y de culebras es muy conocido ya, y el del hierro caliente aplicado á la herida. Tambien es muy bueno chuparla en el acto y escupir el veneno; pero esto pocos pueden hacerlo, porque causa mucho asco.

Pero volviendo al hierro caliente, el primero que puso en práctica esta prueba fué el famoso Boyle (á pesar de lo humano que dicen que era). Estando una vez discurriendo con un médico sobre los venenos, le dijo que creia bueno contra el de la víbora el remedio que he indi-

cado; el médico se burló de su proposicion, y Boyle se remitió á la esperiencia; pero no en ningun animal, como parecia natural, sino en un hombre: convinose en precio señalado con un mendigo que quiso ganar algun dinero con esposicion de su vida, el cual se dejó morder de una víbora á presencia del médico. Hinchósele luego mucho la mano; estaba de prevencion puesto al fuego un cuchillo: tomóle Boyle, y aplicóle á la herida por espacio de diez minutos; la hinchazon, que iba creciendo, paró de repente, pero sin disminuirse por entonces.

Desde que aquel mendigo, que se acreditó de bárbaro, vió que su mano no se le hinchaba mas, pidió que le diesen su dinero y volvió muy contento las espaldas. Añádese de testimonio del mismo Boyle, que aquel mendigo ganó despues mucho dinero, dejándose morder de víboras, siempre que algun curioso le queria pagar bien, teniendo seguro su remedio en el hierro caliente.

—Dígame V., amigo, pregunté al aleman, ¿esas mordeduras y picaduras son siempre necesariamente mortales?

—No señor; lo son las menos veces: consiste en que muerdan con mas ó menos rábia. Toda la venenosidad de esas sabandijas está en el acto de morder, y en que aquella violenta agitacion de los espíritus, que en estos animales produce su rabiosa saña, cuando muerde es cuando hace todo el estrago Se ha visto que animales que no son venenosos empuzoñan tal vez con la mordedura como esten agitados de una estraordinaria ira. En las memorias de Trevouse me acuerdo de haber leido dos casos de estos: uno, de un gallo que estando en choque abierto con otro, picando á un hombre le causó una hidrofóbia mortal: y otro, de un jóven que en un acceso de cólera, mordiéndose el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que si le hubiera mordido un perro rabioso.

Al siguiente dia de esta conversacion me despedí del aleman, á quien ya me habia aficionado, y nos dimos á la vela para Kingston.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

EL MINERO DE SILJAN.

I.

A mediados del estio de 1823 una jóven de catorce á quince años salia una mañana del parque de un castillo situado á orillas del lago de Siljan en la Dalecarlia. La naturaleza estaba entonces en todo su esplendor; las nubes y los hielos del largo invierno que todos los años desola este pais, habian desaparecido completamente; una porcion de islotes reverdecian en medio del lago; las praderas, sembradas de flores de todos matices, formaban á lo largo de la ribera frescos y risueños tapices rodeados por las sombrías florestas de abetos y las rocas de granito que encadenan el valle: por todas partes la vejetacion rica y poderosa parecia que se apresuraba á aprovecharse de los cortos instantes concedidos á su desarrollo en un clima poco favorecido. Admirada de la belleza de este espectáculo, y atraida por el encanto de magníficos puntos de vista que variaban á cada paso que daba, la jóven se alejó insensiblemente del castillo, subió una colina, y llegó á orillas de un bosque, lejos de todo sitio habitado. Las flores, estendidas con profusion por algunos senderos apenas trazados, atestiguaban que los habitantes del valle se dirigian pocas veces por aquel lado de Siljan. El cansancio sacó á la bella paseante de su arrobamiento, y entonces se apercibió de la soledad en que se encontraba y del silencio que reinaba en su alrededor; sintió un movimiento de terror á la vista de las profundas sinuosidades de la floresta, cuyos árboles, cercanos los unos á los otros, se elevaban, confundiendo su follaje impenetrable á los rayos del sol. Ya se preparaba á volver atrás para dirigirse á la orilla del lago, cuando oyó un gemido. Su corazon se puso á latir con tal violencia, que se vió precisada á pararse: se dejó caer mas bien que sentarse en un pedazo de roca, y sus ojos permanecieron fijos en la parte del bosque de donde la parecia que habia salido el gemido. De repente ve, á doscientos pasos entre los árboles, una forma humana que agitaba los brazos como para hacer señas, y oyó distintamente, aunque pronunciadas con voz débil, estas palabras:

—¡Cualquiera que seais, en nombre del cielo, socorredme!

La impresion que al pronto produjo esta voz en la pobre jóven fué tal, que estaba en estado de pedir socorro para ella misma, mejor que de prestárselo al desgraciado que se lo imploraba. Inmóvil sobre la piedra que la servia de asiento, y de la que la parecia imposible levantarse, no dejaba de mirar al hombre de las señas, esperando por instantes verle lanzarse hácia ella. Pero reparando en seguida que se quedaba en el mismo sitio y continuaba agitando los brazos en señal de angustia, reflexionó que no podia ser un malhechor. Una nueva súplica hecha con acento lastimero, acabó de disipar su terror. En fin, movida á compasion, triunfó de todas sus dudas, y fué derecha al desconocido.

Este estaba sentado á la entrada de una gruta que formaba dos partes apoyada una con otra; en su estremidad superior tenia un pié envuelto en unos pedazos de lienzo y de paño que se habia arrancado de sus vestidos; su figura, pálida por el sufrimiento, era mas interesante que terrible; entonces la jóven, olvidando bien pronto su loco temor, se apresuró á acercarse á él y preguntarle.

—Soy un trabajador de minas, respondió; ayer, queriendo hacer un hoyo á algunos centenares de pasos de aquí, me caí y me he lastimado un pié. Tuve bastante fuerza para sufrir el primer dolor, y medio arrastrando llegar á esta gruta, en que mis sufrimientos, que llegaron á hacerse intolerables, me obligaron á detenerme. Esperaba que una noche de descanso bastaria para restablecerme; pero esta mañana, cuando he querido echar á andar, mi pié, que estaba muy inflamado, me dolia tanto, que me caí en el suelo sin poder hacer ningun movimiento para levantarme. ¡Juzgad de mi posicion! al verme detenido quizá por mucho tiempo en un paraje que sé que se pasan dias, meses, y aun años sin que la tierra sea hollada de persona humana, y sin haber tomado alimento y sin medios de procurarlo!... Mi única esperanza se cifraba en que la casualidad trajese aquí algun viajero perdido... la casualidad... ¡como si los desgraciados no tuviesen un cielo, un padre que vela por ellos! Y este buen padre se ha dignado enviarme uno de sus ángeles que reanimase mi valor abatido.

La jóven, completamente tranquila, contemplaba con vivo interés la noble y angustiada fisonomía de aquel hombre que parecia tener treinta años, y cuyo lenguaje revelaba una condicion mas elevada que la de un simple minero.

—Vuestra posicion, le dije, exige pronto socorro, y desgraciadamente estamos muy lejos de la casa de mi madre; pero os prometo no perder un momento; esperadme sin inquietud; volveré acompañada de algunos criados que os llevarán al castillo; mi madre es buena y compasiva y os prodigará cuanto necesiteis, y no dudo que muy pronto os encontrareis en estado de poder volver á trabajar.

—Me resignaré á morir si es necesario, señorita; pero no puedo aceptar la hospitalidad que tan generosamente me ofreceis.

—¿Por qué? le preguntó la jóven admirada.

—Porque la desgracia es contagiosa; mejor la convendria á vuestra madre quizá ver arder su casa que darme abrigo bajo su techo.

—Pero ¿quién sois? esclama retirándose un poco la jóven, que sintió renacer su temor.

—Me juzgais por el sentido de mis palabras, replicó el minero con una triste sonrisa; gracias al cielo, mi conciencia está tranquila, y lejos de tener que avergonzarme de mi infortunio, me cabe el derecho de gloriarme... Pero os lo suplico, no me pidais mas esplicaciones; el secreto que me obligais á revelaros no es mio solo; si se descubriese no seria mi vida la única comprometida; pero ¿qué digo? ¡se perderian cosas mas preciosas que la existencia! Si debo sentir los efectos de vuestra piedad, ha de ser en este mismo sitio, y tan discreta como buena, el primer consuelo que deis á mis males será prometerme no revelar á nadie el secreto de mi retiro... pero despues de lo que acabo de deciros, ¿querreis, os atrevereis á venir á socorrerme?

—Lo quiero y me atreveré, respondió con resolucion la jóven, fascinada por decirlo así por la mirada y encanto de la voz del minero; el mismo Dios ha escrito en vuestro semblante que vuestra alma es incapaz de abrigar malos designios, y que se puede confiar en la lealtad de vuestro corazon. Si vuestro oficio es minero, vuestras maneras y vuestro lenguaje revelan una condicion mas noble; pero yo respetaré el misterio de que os place rodearos, y os juro guardar á todos el secreto de nuestro encuentro, aun á mi misma madre, para quien nunca he tenido nada oculto. Y ahora, decidme, ¿qué he de hacer? ¿qué deseais de mí?

—Dos cosas, señorita; hoy algunos alimentos que me permitan esperar mi curacion, y mañana que rogueis á Dios que no me abandone.

—Haré mas que rogar; volveré aquí; me vereis todos los dias, hasta que esteis completamente restablecido.

Fiel á su palabra, la jóven venia todos los dias á visitar al minero: y cuantas mas veces le veia y oia, adquiria mayor convencimiento de que habia en él nobleza de sentimientos y de linaje, y entonces creia crecer sus simpatías hácia él, porque creia socorrer á una víctima y quizá á un vengador de la tiranía que pesaba sobre su desgraciado país. Porque la Suecia en aquel tiempo gemia bajo el yugo de Christian II y Carlota, este era el nombre de nuestra jóven heroina, llevaba aun el luto de su padre, el valiente Cronstedt, uno de los mártires cuya sangre habia inaugurado el advenimiento al trono de aquel príncipe execrable, denominado *el cruel*.

Una mañana que Carlota cumplia por la décima vez su caritativa peregrinacion, reparó que su protegido estaba inquieto y preocupado: aunque se apresuró á salir á recibirla como para darla las gracias por

su curacion, escuchaba con distraccion sus parabienes; sus ojos, constantemente levantados al cielo, parecian calcular y medir la marcha del sol; de repente se detuvo y esclamó:

—Ha llegado la hora: Dios nos ayude!

En el momento llevó á su boca un cuerno que tenia en la mano, y produjo un sonido tan prolongado y agudo, que debia resonar hasta en los puntos mas retirados de los valles de Siljan: á esta señal respondió un segundo sonido, después un tercero, y se oyeron hasta siete, que venian de lejos y de distintas direcciones. El minero, todo oidos, con la mirada fija, parecia contarlos con avidez; al sétimo su mirada era radiante.

—Alabado sea Dios! esclama con alegría; ¡nunca deja de ayudarnos; este es un feliz presagio para tí, mi querida patria!

Y después, volviéndose á Carlota:

—Recibid mi despedida, señorita: llamado por un deber sagrado, es preciso que abandone estos lugares, que me aleje de vos, quizá para siempre. Quisiera antes de separarnos ofreceros una prueba de mi reconocimiento; no tengo mas que este anillo, que era de mi madre; dignaos aceptarle, para que os recuerde algunas veces al pobre minero. Permitidme tambien que os pida una gracia: el recuerdo de vuestro beneficio está profundamente grabado en mi corazon para que le pueda olvidar; pero el nombre de mi bienhechora me es aun desconocido, y seria muy dichoso en poderle pronunciar muchas veces en mis oraciones.

—Soy Carlota Cronstedt, respondió la jóven.

—Cronstedt! esclama el minero, cuyos ojos chispeaban. Cronstedt! ¿seriais parienta del valiente oficial tan cruelmente asesinado por Christian?

—Soy hija suya.

—Oh! entonces, señorita, pedid al cielo que me ayude; pedidle con fervor; los manes de vuestro padre os lo agradecerán.

Carlota, en el colmo de la sorpresa, iba á suplicar al minero que se esplicase; pero ya no estaba á su lado; al volverse le vió alejarse á toda priesa é internarse en las profundidades del bosque.

Al dia siguiente Carlota empezó á comprenderlo todo; llegó al castillo de su madre, y supo que el estandarte de la revolucion se habia desplegado á la misma hora como por encanto en todos los puntos de la Dalecarlia.

II.

Seis años se habian pasado: el feroz Christian habia sido arrojado del trono: la Suecia, reunida por él á la Dinamarca, se habia separado y elegido rey al héroe á quien debia su independencia, el hijo del duque de Grispsholm, Gustavo de Wasa. La ambicion del libertador de la Suecia no era únicamente por reinar, sino por sacar á su patria de la abyeccion en que habia estado sumergida, y restablecerla en el rango que debia ocupar entre las naciones de Europa. Para conseguir este objeto era necesario ante todas cosas hacer desaparecer los numerosos abusos que tenian al reino sin fuerza y sin unidad. Era una reforma peligrosa; pero Gustavo, incapaz de retroceder delante del peligro, marchaba con paso firme por el camino de las reformas. Los pueblos, por desgracia, no comprenden al principio la intencion de los actos concebidos y ejecutados en obsequio suyo; el velo de la preocupacion les ciega, y sucede algunas veces que viendo un enemigo en su libertador, responden á sus laudables esfuerzos con los peligros de un aborrecimiento estúpido. Los dalecarlienses sobre todo, orgullosos de haber sido los primeros en levantarse contra Christian, tenian la pretension de imponer su voluntad al jefe que ellos mismos habian colocado en el trono: indignados de ver rechazadas sus exigencias en nombre del interés general del pais, se sublevaron; pero sus tentativas se estrellaron contra la prudencia y firmeza de Gustavo. Ilustrados por la razon, ó sujetados por una represion pronta, la mayor parte se sometieron, y aun algunos cooperaron de buena fé á la realizacion de los proyectos del reformador, y solo le quedaron que temer un corto número de fanáticos, es verdad, pero tanto mas peligrosos, cuanto que conspiraban de oculto. Reunidos en junta secreta, resolvieron recurrir al asesinato para deshacerse de un hombre á quien no podian combatir abiertamente. La suerte, á que se remitió el designar la mano que debia herir, sacó de la urna el nombre de Carlson, valiente y hermoso jóven, metido en la conspiracion mas bien por espíritu de familia que por convencimiento. Carlson se dirigió á Stokolmo: la comision que iba á desempeñar le horrorizaba; pero obligado por un juramento, se creyó en el deber de cumplir su terrible mision. Una revista le deparó la ocasion de acercarse al rey, que estaba en medio de un corro de oficiales, algunos de los cuales llevaban uniformes mas ricos y brillantes que el suyo: Carlson no habia visto jamás á Gustavo, y se engañó; y como le tembló la mano, el oficial á que se dirigió el puñal no recibió afortunadamente mas que una ligera herida.

El crimen, por no haberse consumado no dejaba de ser capital; se arrestó á Carlson, que no pensó en huir, y se le formó un proceso.

Cuando se supo el arresto de Carlson sucedió el espanto entre los conjurados de Siljan, que se espatriaron temiendo las revelaciones. Pero el corazon que mas cruelmente fué herido fué el de Carlota. La hija de Cronstedt, entonces de veintiun años y una de las mas bellas y mas ricas herederas de la Dalecarlia, era la prometida del desgraciado Carlson.

En cuanto supo el crimen del jóven partió para Stokolmo, decidida á interponer la influencia de los amigos de su familia, y á sacrificar toda su fortuna, si necesario fuese, para llegar hasta el rey y solicitar su clemencia. Carlota, sencilla y confiada como todos los corazones rectos y buenos, no habia previsto los obstáculos que debia encontrar en la ingratitud y el egoismo. Los amigos y allegados de su padre le acogieron al pronto con grandes demostraciones de alegría; pero no bien les esplicó el objeto de su venida, cuando á sus protestas de cariño sucedieron palabras frias y reservadas. Uno solo, mostrando mas virtud ó pudor, no afeó su empresa, y consintió en emplear en su obsequio el favor que tenia en la corte. Pero con el fin de conciliar con su interés personal una intervencion que no dejaba de ser peligrosa, se redujo su cuidado á entregar en manos del rey, sin apoyarlo, un memorial firmado por la jóven.

Ocho dias pasó Carlota en una ansiedad mortal; al noveno la entregaron una carta: no era la respuesta que aguardaba con tanta impaciencia; pero al reconocer la letra de Carlson, se sintió conmovida por el presentimiento de alguna buena noticia. No fueron del todo defraudadas sus esperanzas. Carlson la escribia, que habia sabido por un conducto misterioso su llegada á Stokolmo, y que al mismo tiempo le habian prometido facilitarle aquel mismo dia una entrevista con su prometida: que en su consecuencia, si se dignaba concederle aquel momento de dicha, que se dejase guiar por una persona que iria á buscarla á media tarde.

Dichosa de volver á ver una vez á la persona de quien temia haberse separado para siempre, Carlota se sintió dispuesta á seguir al guia que le indicaban. A la hora señalada se presentó, y con gran sorpresa de la jóven la introdujo en el palacio del rey.

—El protector oculto que se interesa por nosotros, pensó ella, debe ser un personaje poderoso: debe estar con frecuencia al lado del rey, puesto que vive en su palacio; permitid, Dios mio, que se sirva de su

favor para alcanzar el perdon de Carlson, ó de su poder para salvarle.

Conducida á una sala retirada de palacio, encontró en ella á su prometido, que al verla dió un grito de alegría y cayó á sus piés; pero fué un relámpago; su vista, iluminada por la dicha, se nubló al momento, y su cabeza cayó melancólicamente sobre su pecho.

—Esperanza y valor, le dijo Carlota.

—Valor, la respondió Carlson, le tendré; pero esperanza no hay ninguna; mis jueces han pronunciado mi sentencia y me han condenado.

En este momento entró en la sala una tercera persona; á su vista no pudo contener Carlota una esclamacion de sorpresa. Era el minero á quien seis años antes habia socorrido en el valle de Siljan; llevaba absolutamente el mismo traje.

—Veo que me reconoceis, señorita, dijo á Carlota; confieso que no me hubiera servido de nada mi memoria al volveros á ver; habeis crecido, y os habeis hecho mas hermosa desde que nos separamos; pero en vuestra mano veo un recuerdo mio que me ha guiado en esta ocasion.

Carlota presentó su mano al minero, y tenia en efecto en uno de sus pequeños y sonrosados dedos el anillo que él la habia dado.

—Le habeis conservado, señorita, y os doy las gracias; yo no tenia mas recuerdo que vuestro nombre, y ya veis que le he guardado fielmente cuando vengo á veros.

—Y esta vez, dijo Carlota, no me ocultareis ni vuestro nombre ni vuestro rango, porque lo que hace seis años no era mas que una sospecha, ha llegado á ser hoy una certeza. Sí; bajo ese traje vulgar se ocultaba entonces un noble desgraciado, y hoy se oculta quizá un gran poderoso. Dejad penetrar en mi alma un rayo de esperanza diciéndome que no me engaño; ahora soy yo la desgraciada, y estoy segura de que no imploraré en vano vuestro apoyo.

—No, Carlota, teneis derecho á pedirme lo que querais y yo pueda concedéroslo: soy Gustavo de Wasa.

—¡El rey! esclamaron al mismo tiempo Carlota y su prometido.

—Vuestro deudor y nada más en cuanto al presente, replicó Gustavo levantando á la jóven, que se habia echado á sus piés. Escucha, Carlson, continuó volviéndose al jóven; sé que eres valiente y leal, y sé tambien que tu nombre es querido en Dalecarlia; no quiero pues concederte una de esas gracias á medias, que dejan subsistir las malas pasiones, y que muchas veces las estimulan, imponiendo la precision de fingir una gratitud que no es hija del corazon. Entre los dos no hay término medio; es indispensable que seamos amigos ó enemigos; amigos, toma mi mano; enemigos, toma esa espada y dispon de mi vida, que no me pertenece ya, puesto que se la debo á tu prometida.

Al hablar así Gustavo señalaba con el dedo una espada desnuda que estaba sobre una mesa; pero ya Carlson estaba á sus pies estrechando su mano entre las suyas, bañándolas de lágrimas, y esclamó con voz entrecortada:

—Toda mi sangre, hasta la última gota por vos, señor! Y antes de un mes quiero que Dalecarlia entera participe de mi reconocimiento y admiracion.

Carlson no hizo una promesa vana; tuvo la dicha de atraer al partido de Gustavo á los disidentes de la Dalecarlia, y después, esposo de Carlota y favorito del rey, empleó todos los momentos de su vida en justificar á la una su amor con su ternura, y al otro su amistad por su desinterés.

MARTIN DE ARANDA.

NOVELA ORIGINAL,

POR PABLO GAMBARA.

(Aprobada por el censor.)

(*Continuacion.*)

—¿Tienes que hacer?

—Nada, respondió Martin.

—Pues acompáñame.

—¿Adónde?

—A pasear por las calles. A ver el rostro y el pié de las jóvenes que encontremos al paso, y que á pesar de nuestra juventud nos desdeñarán por nuestro traje, mientras que sonreirán á la vejez opulenta. A observar los escaparates de los almacenes de quincalla, y entretener nuestro tiempo como si poseyéramos una renta que nos evitase el cuidado de pensar en el porvenir.

—Pero yo no puedo hacer eso!

—¿Por qué?

—Tengo que buscar un usurero que me preste para comer y alquilar un cuarto. He reñido con mi familia, y no tengo casa.

Lallana meditó aun algunos momentos, y luego dijo:

—Lo que es un usurero, yo te le podré proporcionar.

—¿Quién?

—D. Venancio Salinas. Un viejo zorro que sabrá esprimirte y prensarte en cuanto seas su deudor, como un hueso de aceituna para sacarle jugo.

—¿Y crees que me prestará?

—Indudablemente si consientes en las condiciones que te imponga.

—En todas consiento.

—Poco á poco. Figúrate que te hará firmar un recibo, por el cual aparecerá que la cantidad prestada, mas los réditos, que son un veinte por ciento al mes, te ha sido confiada en depósito. Si no le pagas, te acusará de estafador ante los tribunales, y serás encarcelado. ¿Consientes?

—¿Qué he de hacer? Me estoy ahogando, y por salvarme me asiré de un clavo ardiendo.

—Pues vamos á casa de Salinas; pero démonos prisa, porque son las diez, y á las diez y media va á casa de su querida, que le ha marcado esta hora para recibirle. En ella encuentra la penitencia de sus pecados. Es un cáncer que le come el corazon, la salud y la fortuna, y que le domina con un cetro de hierro, como los nobles rusos á sus vasallos, empleando á su imitacion el látigo para castigar sus faltas.

Hablando así llegaron los dos amigos á casa del usurero, que los recibió con recelosa frialdad, profundizando hasta el fondo del corazon de Martin con sus miradas inquisitoriales, y oponiendo dificultades sobre dificultades para el préstamo: por fin, batido en sus últimos atrincheramientos, consintió en entregar mil reales, bajo las condiciones anunciadas por Lallana. Martin sintió que se le quitaba un peso del corazon; pero de su semblante no desaparecieron del todo las nubes que le cubrian. Habia respirado como el jugador que después de haber visto la pinta de la carta contraria á la suya, ve el número diferente, y se alegra porque no ha perdido; pero que no deja de temer, porque aun no ha ganado sino tiempo.

El primer empleo que hizo de aquel dinero fué jugarle, y tuvo la fortuna de ganar, con lo cual su suerte mejoró mucho por el momento. Vistióse elegantemente, se aposentó en una casa de huéspedes de

decente apariencia, y pagó á Salinas sus mil reales que podian costarle la libertad y la reputacion. En seguida procuró frecuentar los salones, no solo por gusto, sino por necesidad, pues la policía dió en perseguir las casas de juego, y los jugadores se vieron obligados á acogerse á los asilos en que ella no tenia entrada.

El mismo Lallana le propuso presentarle en una casa en que podria jugar sin temor á la policía, que no osaria perseguir el vicio en traje de etiqueta, y cumplió su ofrecimiento.

—Esta casa es, le dijo el dia de su presentacion, la de D. Fernando de Varela, enriquecido en nuestro tiempo, y sin que se sepa cómo: hombre que odia tanto al pueblo como á la aristocracia de título, de quien se cree igual en rango porque es recibido en algunas de sus reuniones. Su mujer es una especie de estátua de salon, en quien nadie repara; tiene una hija bella y pura como un serafin. En su casa se reune la mejor sociedad, y allí podrás conocer á los hombres notables de España, que siempre parecen menores de cerca que de lejos, y á muchas medianías que parecen menos de lejos que de cerca.

Efectivamente, esta sociedad era en un todo igual á la pintura. Don Fernando, que tendria unos cincuenta años, era alto y seco como un ciprés, sus ojos negros y penetrantes, su nariz aguileña, y su bigote entrecano. Martin, recibido con el agrado y la gravedad que ordena la buena educacion, comenzó á observarle, y en una conversacion notó estas máximas.—El que no tiene todos los vicios, no tiene todos los placeres.—Malo, es sinónimo de inútil.—Hombre de bien, es el que mejor sabe representar. ¿Era cínico D. Fernando, ó repetia solo palabras oidas en otra parte y que cambiaba como los niños las monedas sin conocer su valor?

Cristina, su hija, llamó mas la atencion de Martin. Sus bellas formas, quizá un poco gruesas, pero magníficamente delineadas, su cutis nacarado, su nariz griega, sus ojos azules y su cabellera rubia, todo era en ella perfecto y todo estaba rodeado de esa aureola mágica, de ese perfume embriagador que en una mujer como ella, con ademanes de reina, obligaba á la adoracion. En otra esfera, hija por ejemplo de una viuda de Montepio, Cristina hubiera sido devota, y la religion es para el pueblo; y ella, siguiendo la costumbre, solo adoraba la sociedad.

Entre la concurrencia sobresalia por su tontería un jóven de veinte años á quien llamaban D. Santiaguito, preciado de poeta, músico, bailarin, chistoso, desconsolado y maestro de armas, especie de ortiga de aquel ramillete, mosaico de necedades, y ente en fin de los que por desgracia nuestra hay tantos en todas partes, ansiando siempre ponerse en espectáculo para diversion y risa de los que los miran.

Los demás de la concurrencia no merecen que en ellos paremos la atencion.

La vista de aquel salon produjo en Martin una agitacion, una tormenta de ideas, que solo se puede comparar con lo que sentiria Luzbel si se asomase á las puertas del cielo. El esplendor de las bujías, reflejadas en las pedrerías, el oro y los espejos; los aromas de la encendida atmósfera, que semejaba una impalpable gasa de plata; el concierto de la música voluptuosa que se derramaba en torrentes de armonía, todo le pasmó al pronto y le arrebató de entusiasmo. Después, cuando comparó su casa con aquel salon, su vida con la de aquellos seres, cuyos ojos brillaban de amor, y cuyos labios sonreian de felicidad; cuando oyó aquellas galantes conversaciones, aquellas palabras de mágica melodía, que parecian prometer un paraiso, dirigidas á aquellos hombres, en cuyas tersas frentes no se descubria el sello del dolor ni del pensamiento fijo, el puñal de la envidia atravesó su corazon, y el ódio de la desesperacion relampagueó en sus ojos. ¿Cómo podia aspirar á aquella felicidad, él, sin nombre, sin fortuna, que tenia que hacer por sí mismo todo lo que los demás encontraban hecho al nacer? Y aun aquello no era mas que el primer paso de su ambicion. Engendrada en la soledad, y alimentada en ella durante tanto tiempo esta ambicion, era grande, incomprensible como un sueño febril. No se contentaba con brillar en una patria; necesitaba el mundo; no la bastaba llegar al trono; en una cosa queria todos los tronos á la vez, todas las famas, y en el paso mas fácil encontraba una multitud delante de él que le estorbaba sin saberlo; una multitud, para quien era la vida del placer; la familia elegida por la suerte que tenia entre las dos doradas y afiligranadas torres de su palacio el lucero de la felicidad. Meditó como acaso alguna vez medita el mendigo en las noches de invierno, sentado á las puertas del rico que se embriaga en el festin. Los pensamientos del mendigo terminan en un suspiro ó en una blasfemia, los de los hombres como Martin producen muchas veces una revolucion semejante á la de Francia en el 93. Hé aquí, decia Martin, la igualdad de las condiciones; el pobre que muere de hambre está libre de indigestiones, que asesinan al rico; el uno cae rendido de fatiga trabajando, y el otro de la fatiga del placer. Mi esfera es tan feliz como esta! Olvidaba que no tenia esfera propia, que era un ser fuera de su elemento, y por esto padecia mas que nadie.

Sumergido en sus pensamientos, habíase retirado á un rincon, desde el cual observaba el salon como Tántulo en su hambre y su sed miraba el agua y las manzanas. Cristina vino á sentarse á su lado por casualidad; y tanto por apartar de sí sus tétricas ideas como por miedo de pasar por tonto, el jóven comenzó con ella una conversacion insignificante. Cristina tenia una voz dulcísima, y ese ingenio de salon que tan bien saben manejar las mujeres, y que como una red de oro aprisiona nuestra inteligencia. Martin, oyéndola, se creyó en un bosque encantado, en que las aves desconocidas suspiraban himnos de amor; algunas veces dudó de su propio ingenio, perdiéndose en aquel artificioso juego de ideas á que no estaba acostumbrado; y aunque durante algun tiempo sostuvo la lucha, postró al fin su corazon en señal de rendimiento á los piés de su rival. Esta conoció bien pronto el poco conocimiento de mundo y el tímido candor de Martin, y por un capricho, muy frecuente en el bello sexo, quiso cuidar y abrir aquella flor en capullo. ¿Conoceis, lectores, una comedia que se llama *La primera leccion de amor?* pues Cristina representó el papel que en aquella representa Elisa, y Martin no quedó menos engañado que Federico.

Volvió á su casa loco de alegría, y soñó que Cristina le amaba, y se lo decia sonriendo, con su dulcísima voz, que le encantaba como al santo de la leyenda el cantar del ave del paraiso. En aquel momento de delirante entusiasmo, todos los dolores del pasado, todos los temores del porvenir habian desaparecido de su alma, y solo vivia en el presente; pero no en el presente real, sino en el presente de sus ilusiones. Como él mismo decia, un ángel habia pasado por su lado, iluminando su corazon con la vivífica mirada de sus ojos azules. Efectivamente, el tiempo estaba encargado de demostrarle que habia encontrado un ángel en su camino; pero este ángel no era seguramente Cristina.

III.

UNA VIRTUD SOCIAL.

Un mes después de estos sucesos, el invierno, la estacion de los ricos, estaba en toda su fuerza, y los húmedos paseos en que los secos árboles elevaban sus desnudas ramas, solo eran visitados en los escasos dias en que el cielo, del mas bello azul del año, se engalanaba con un dorado rayo de sol. Las amantes serenatas habian enmudecido; el prado se oscurecia olvidado; el bullicio y la animacion de las calles dormia en el silencio y la soledad; pero los teatros se llenaban de espectadores cubiertos de terciopelo, de oro y pedrería; las salas de la clase media se abrian á la tertulia de confianza, y los salones del gran mundo al deslumbrante baile de sociedad, con sus intrigas, sus odios, sus venganzas y sus amores efímeros, que nacen y mueren en una noche, y que semejantes á la gota de rocío que cae en el lago, alteran un momento la superficie del alma, pero no dejan huella detrás de sí. La vida se retiraba al centro de la sociedad como en el cuerpo humano el calor se acogia al corazon, y el arte, en lucha siempre con la naturaleza, como Lucifer con Dios, hacia florecer en la estacion de la sombra y la tristeza, sobre una tierra estéril y helada y bajo un cielo brumoso, las perfumadas flores de los placeres.

Los periódicos en su gacetilla publicaban diariamente el anuncio ó la descripcion de los bailes de gran tono, halagando la vanidad de las personas que los habian dado, y entusiasmando á las curiosas modistillas que leian estas descripciones con tanto placer como las picantes aventuras de las novelas de Paul de Koc. Uno de los nombres que mas se repetian era el de D. Pedro, porque sus bailes eran frecuentes y concurridísimos.

Martin seguia asistiendo á ellos, señal de que la rueda de la fortuna, en que se apoyaba su felicidad, no habia girado aun haciéndola venir á tierra, pues la miseria, como un ángel de flamígera espada, hubiese guardado entonces la puerta de su paraiso. Pero he hecho mal en dar este nombre á los salones del gran mundo, pues Martin no gozaba en ellos la felicidad, sino que como aquellos reos á quienes ahorcaban antiguamente con los piés al rape del suelo, aumentaba su tormento por los esfuerzos que hacia para llegar á él. Cristina le fatigaba con un amor incomprensible, que se le deshacia en humo al estrecharle entre los brazos para aparecer mas lejos, sonriéndole con voluptuosidad. Habia acercado á sus sedientos labios la dorada copa del amor, y la retiraba en cuanto conocia que á la vista del licor sagrado se levantaban rugientes y delirantes en su corazon todas las pasiones adormecidas ó desmayadas. Era la Wili que le sorprendia en medio de la noche, incitándole con su fantástica danza, hasta hacerle morir de cansancio y desesperacion... quizá para empujar después su cadáver con el pié y alejarse sonriendo.

Una noche Martin, sentado con Lallana á una mesa del café de***, se lamentaba de este tormento ignorado, y que hasta entonces habia encerrado en su pecho como en una tumba. Lallana le escuchaba con

interés y curiosidad, pues sospechaba que disecando aquel sentimiento encontraria una nueva fibra del corazon humano, el único estudio interesante para él.

—Esa mujer me matará, decia Martin. Es para mí un problema de cuya solucion depende mi vida, y me afano por profundizar en su alma como el jugador por ver salir la carta de que depende su fortuna. Hay veces que la creo superior á las demás mujeres y la adoro como á un ángel que ha plegado sus alas envolviéndose en su manto de oro y azul. Otras veces, por el contrario, me parece inferior á su sexo, y no sintiendo latir su corazon al poner la mano en su pecho, me retiro desdeñándola como á una griega estátua de mármol. Imposible me seria decirte las voluptuosidades con que ha acariciado mi amor su voz de sirena en sus horas de ternura, los poemas de felicidad que me ha revelado su sonrisa, el cielo de goces ignorados que he descubierto á través de sus ojos azules, húmedos de deseo, y por los cuales he creido ver la inmensidad. La he sentido palpitar bajo mi amor, caer desfallecida, doblarse como el sauce en la tempestad, y animarme con sus miradas suplicantes y apasionadas... Luego de pronto ha cambiado todo: su cuerpo se ha enderezado; el amoroso pudor, que descendiendo de la frente cubria su rostro como un rosado velo, ha desaparecido; el fuego del amor se ha estinguido en sus ojos sustituyéndole el fuego del ofendido orgullo, y me ha dicho con su voz de reina:

—¡Caballero, me falta V. al respeto! ¿Me ama esta mujer? No: porque si me amase no se gozaria en martirizarme, exacerbando mis deseos, que no ha de satisfacer. Pero si no me ama, ¿por qué esta comedia? ¿He cometido un crimen tan grande con amarla, que merezca esta expiacion? No sé; me pierdo sumergido en un piélago de dudas, y no encuentro la clave del enigma.

—Eso consiste en que estás ciego de enamorado, dijo Lallana, y no lees en su corazon; que en otro caso no te ofreceria ninguna duda. Esa mujer tiene el alma corrompida como la de una ramera; pero es sivarita del vicio y no quiere romper con la sociedad. Toma de tí toda la felicidad que puedes darla, sin devolverte ninguna en cambio, y cuando ha bebido el licor arroja la botella. Así concilia la pureza y el placer. No es una escepcion en el mundo; hay muchas mujeres que se la parecen; y si no fuera por el natural rubor que embarga mi lengua desde que me he dedicado á la lectura de las novelas inglesas y alemanas del siglo pasado, en que los personajes marchan impávidos por los senderos del vicio, ensalzando la virtud; si no fuera por esto, yo te esplicaria físicamente las irregularidades de esos corazones femeninos que tanto te cuesta hoy esplicar.

—Esto de no saber si debo admirarla ó despreciarla... murmuró Martin, que sumergido en sus pensamientos apenas habia oido á su amigo.

—Despreciarla, sin duda alguna, respondió Lallana muy admirado del poco éxito de su discurso.

—¿Quién sabe? acaso teme el escándalo...

—Indudablemente.

—Y bien: en ese caso es disculpable, porque no todas las mujeres tienen valor para romper con la sociedad.

—El amor, como el vino, da osadía en su embriaguez. Poco te ama quien te sacrifica al qué dirán.

—Si la detiene la virtud...

—¿Por qué incita entonces tus deseos? ¿Por qué los acaricia en sus momentos de abandono? Es preciso elegir entre la virtud y el placer. No se puede andar por los dos caminos á la vez, y la virtud no vacila.

—Puede esforzarse por ser virtuosa, á despecho de su naturaleza que la incline al vicio, y esta vacilacion producir mi martirio.

—Puede ser.

—En ese caso es digna de admiracion.

—Y no seré yo quien la niegue la mia. Pero dime: ¿evita ella continuamente vuestros coloquios á solas?

—No; mas bien los busca. Unicamente tiene cuidado de que se verifiquen donde haya gente cerca que pueda acudir á su voz. Un dia que, cegado por la pasion, iba á olvidar todos mis deberes y á usar la fuerza para dominar su orgullo, llamó y se presentó su doncella, que estaba en la pieza inmediata.

—Pues entonces podemos ambos dispensarnos de admirarla. La virtud puede vacilar, puede caer; pero una vez advertida huye el peligro. La prudencia es su esencia. Cristina no te se niega por virtud, sino por vicio. Cristina es una mujer despreciable.

—¿Pero qué he de hacer? esclamó Martin, porque yo la amo; ¡oh! la amo con delirio.

—El remedio seria mas fácil si la amases menos. Tu asunto es cuestion de tiempo, te diria yo entonces. Hay un momento en tus conversaciones con ella en que su voluntad se anula: arrástrala entonces hasta un punto, del cual no pueda retroceder.

—Tú crees...

—Que si no se tratase sino de tu orgullo, esto seria lo mejor; pero se trata de un sentimiento mas delicado, y las consecuencias podrán ser fatales.

Martin dudó un momento, y luego dijo con resolucion:

—Probaré.

—Juegas el todo por el todo.

—Esa es la jugada que mas me gusta. No puede resultarme una cosa peor que la incertidumbre que me mata. Hoy mismo terminará.

Se levantó, llamó al mozo, le pagó, y salió con Lallana; pero al pasar por la mesa inmediata que habia estado á su espalda durante su conversacion, no pudo contener un grito de sorpresa. Margarita estaba en ella con su madre, y habia oido probablemente su secreto. Esta sorpresa turbó tanto á Martin, que volvió atras rápidamente y salió por otra puerta, arrastrando consigo á Lallana, maravillado de aquel suceso, que no acertaba á comprender.

Margarita le siguió con una mirada que valia un poema; una mirada de esas que vuelven loco de amor á un artista que las sorprende; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, pero sus labios no exhalaron un suspiro, ni una lágrima corrió de sus ojos. Espantada de su mismo dolor desesperado, le encerraba todo entero en el sepulcro de su corazon; porque si hubiese dejado escapar un solo gemido, su alma entera se hubiese desbordado detrás.

IV.

HISTORIA SECRETA.

Una hora después Martin subia á casa de D. Fernando, que aquella noche daba un baile; pero no se dirigió á los salones, sino que dando un rodeo por las habitaciones que le eran bien conocidas, penetró hasta la cámara de Cristina.

Una religiosa emocion agitaba su alma al penetrar en aquel santuario de sus amores, como la que se apodera de nosotros al recorrer un templo solitario, cuando la fé vive en nuestro pecho. Una lámpara de mármol blanco pendiente de la bóveda bañaba los objetos de tibia y rosada luz, la luz misteriosa que convida á la voluptuosidad, y el ambiente esponjaba los sentidos con el aroma que tomaba de un lujoso ramo de flores colocado sobre una consola. Era el mismo aroma que Martin habia aspirado tantas veces al lado de Cristina cuando se embriagaba en su amor, y que él creia que formaba una parte de su ser. Toda la habitacion estaba además llena de sus recuerdos. La muelle otomana conservaba la huella de su cuerpo de ángel, y delante de ella permanecian aun sobre la alfombra las diminutas botas que habian encerrado sus piés, por los cuales hubiera dado diez zequíes un sultan asiático, gastado en las voluptuosidades de su serrallo. Sobre una silla se veia el vestido de seda que se acababa de desnudar, y sobre otra el peinador blanco en que por la mañana habia envuelto sus rosadas formas al salir del baño perfumado; los blancos guantes, el bordado pañuelo, el calado abanico de nácar y oro, detrás del cual se habian ocultado tantas sonrisas y dicho tantos secretos, estaban tambien allí sobre la consola, olvidados un momento hacia junto á las joyas de inestimable valor. Y en el fondo, á través de dos cortinas, blanca la una y la otra carmesí, sostenidas por una cornisa dorada y sujetas á los lados en pabellones, en la alcoba de Cristina se descubria su lecho virginal, sumergido en la sombra misteriosa que tanto deleita al amor.

Martin lo veia todo, y su emocion crecia á cada momento. Sus deseos se enardecian y se purificaban á la par, adquiriendo un no sé qué de solemne y religioso. La religion del amor inventada por Petrarca para complacer á Laura, se revelaba á su alma, y comprendia que para quien ama de veras, aun en el momento en que los sentidos se desencadenan, rugiendo y agitando el alma como los vientos la mar en la tempestad, queda en nosotros un sentimiento mas puro y delicado, que constituye la esencia del amor, un lucero dorado que brilla á través de las negras nubes en medio de aquella tormenta.

Oh! los que no han poseido sino mujeres vulgares; los que no se han visto levantados al cielo en alas de esos ángeles ó demonios, como querais llamarlos, que os hacen adorarlos en sus debilidades, y admirar sus pequeñeces, que divinizan la materia ó materializan el espíritu en sus goces, y que amaestradas por la ociosidad en el culto de los sentidos, realzan con un arte oculto sus gracias y sus placeres; los que no han conocido esto, ignorarán siempre lo que son los placeres del amor. La voluptuosidad propiamente dicha es una planta delicada que solo se conserva en los ricos salones del gran mundo, y que espuesta al aire y al frio se marchita, perdiendo sus aromas y colores.

Martin sintió ruido y conoció el leve pisar de Cristina, que apenas rozaba el suelo con los piés. Tambien percibió su voz, que llamaba á su doncella desde la puerta.

Martin se escondió en la alcoba, detrás de las colgaduras de la cama, y permaneció silencioso.

(Continuará.)

EL REY DE LOS ALAMOS.

BALADA.

¿Quién tan tarde cabalgando
marcha entre el viento y la lluvia?
Es el padre, lleva á su hijo,
y su caballo apresura,
porque la noche es sombría
y la negra selva cruzan.

EL PADRE.

¿Por qué á tu bello rostro, niño mio,
los pliegues de tu capa loco llevas?

EL HIJO.

Padre, el rey de los álamos, con manto
y corona se acerca.

EL PADRE.

No es nada, son las nubes del poniente
que se ven á lo lejos por la selva,
y entre las ramas de los altos olmos,
parecen aun mas negras.

EL REY.

Niño, vente conmigo á mis palacios
cubiertos de tesoros y riquezas;
ven, trenzarás con flores de mis prados
tu rubia cabellera.

EL HIJO.

Padre, padre, ¡qué cosas me promete!
¿No oyes su voz que por el aire suena?

EL PADRE.

No oigo nada, hijo mio; solo el aura
que entre las ramas juega.

EL REY.

Niño querido, ven, allí mis hijas
te mimarán, y al baile irás con ellas,
y dormirás en su regazo, oyendo
sus dulces cantilenas.

EL HIJO.

Padre, padre, ¿no ves allí las hijas
del gran rey de los álamos, qué bellas?

EL PADRE.

No es nada, son los sauces, que los rayos
de la luna reflejan.

EL REY.

Cuánto te amo! tu cara me enamora:
ven niño, ven conmigo á la pradera:
ven por tu gusto. ¿No? pues es inútil;
te llevaré por fuerza.

EL HIJO.

Padre, padre, me coge; ya me tiene
entre sus brazos; sin cesar me aprieta:
daño el rey de los álamos me ha hecho.
¡Ay padre, que me lleva!...

Tiembla el padre, y á su hijo
lleva en su seno apretado,
y por la selva sombría
apresura su caballo...
llegan á su casa... el padre
habia á su hijo ahogado.

TRADUCIDA DE GOETHE.

EL 15 DE MAYO.

Oh villa del madroño,
que llaman muy heróica;
pasó ya medio mayo
vistiéndote de rosas.
Ya el rio que pudieran
secar un par de bombas,
y es rio por lo mismo
que muchos son *personas*;
El pobre Manzanares,
el de las flacas ondas,
aumenta con dos puentes
los muchos que le agobian.
Ya se asomó del quince
á su balcon la aurora,
vestida de azucenas,
vino, escabeche y roscas.
Madrid! Madrid! levántate,
los *omnibus* te acosan,
el campo te convida:
¡sus! corre á cazar monas.
Y á San Isidro ofrece,
en ondulantes fondas,
el fondo del bolsillo
para llenar la andorga.
O en el estéril campo
revuélcate y retoza,
que para tí no hay penas
cuando te ofrecen bromas.
Allí el comercio lleva
las artes españolas,
y desgarrando oidos
mil famas las pregonan.
El *génio* allí en soldados
el rudo plomo torna;
y el sucio barro en ángeles,
en cimbalos y en ollas.
Allí el amor alquila
los ojos y las bocas,
y vé la luz lejana
de la nupcial antorcha.
Allí cándidos párvulos
graciosamente lloran,
porque el papá les compre
lo que él tiene de sobra.
Allí los tiernos tórtolos
arrullan á sus tórtolas,
y las mamás esclaman:
«lo mismo éramos todas.»
Allí uno que hace guiños
á dos niñas hermosas
tropieza, abre los brazos
y estrecha á una fregona.
Allí el que cura al prójimo
ó le hace ir á la gloria,
aspira á que lo mismo
con él hagan sus cólegas;
Y por cualquier disputa,
el que por otro aboga
consigue dar trabajo
al que la fé atesora.
Allí el tosco paleto
con el doctor se roza,
y el que anda sin zapatos
con el que huella alfombras.
Y allí juntos acaso
sin que ellos se conozcan,
el que estos versos mira
y el que los firma ahora.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.